

José Carlos Bermejo Barrera

La política
como
impostura
y las
tinieblas
de la
información

FOCA INVESTIGACIÓN

177

Diseño de cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original..

© José Carlos Bermejo Barrera, 2021

© Ediciones Akal, S.A., 2021
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

 [facebook.com/EdicionesAkal](https://www.facebook.com/EdicionesAkal)

 [@AkalEditor](https://twitter.com/AkalEditor)

ISBN: 978-84-16842-54-4

José Carlos Bermejo Barrera

La política como impostura y las tinieblas de la información

Una crónica de ideas y personajes



¿Por qué cuanto más información tenemos estamos más desorientados y somos más fáciles de manipular en todos y cada uno de los aspectos de nuestra vida?

Quien controla la información en la economía, las redes del poder militar y el conocimiento científico técnico es quien puede controlar el mundo manipulando las leyes. Por eso se puede decir que quizá estemos entrando en una nueva era histórica que pudiese merecer el título de «fascismo cognitivo».

Más que una mera crítica político-ideológica de derecha e izquierda, más allá de esa simplificación, este ensayo supone una denuncia que afecta al conjunto de una sociedad (incluidos partidos, medios de comunicación, enseñanza) que parece estar abocada al abismo de las

tinieblas y encaminada a la impostura.

José Carlos Bermejo Barrera, catedrático de Historia Antigua en la Universidad de Santiago de Compostela, ha desarrollado su investigación en dos campos: las mitologías y las religiones antiguas, y la teoría de la Historia. Entre sus publicaciones en estos ámbitos cabe destacar *Psicoanálisis del conocimiento histórico*, *El final de la Historia*, *Fundamentación lógica de la Historia*, *Entre Historia y Filosofía*, *Introducción a la sociología del mito griego*, *Grecia arcaica: la mitología*, *Lecturas del mito griego* (en colaboración) e *Historia y melancolía*. En los últimos tiempos se ha ocupado igualmente de hacer una argumentada crítica de la situación en la que se encuentra la institución académica en general y la Universidad española en particular, con títulos como *La fragilidad de los sabios y el fin del pensamiento*, *La maquinación y el privilegio*, *La fábrica de la ignorancia* y *Rectores y privilegiados*.

PRELUDIO

Escribir el silencio

Decía el maestro del Eclesiastés que quien aumenta su conocimiento aumenta su dolor, y es posible que así sea. Pero de lo que podemos estar seguros es de que en la actualidad el incremento de la información no tiene por qué traducirse necesariamente en un aumento del conocimiento. Vivimos en un mundo que es capaz de producir y poner en circulación cantidades ingentes de información, que además circulan a una enorme velocidad entre dos lugares cualesquiera de la Tierra, pero es precisamente esa capacidad de crear y difundir la información de todo tipo la que hace posible que el mundo quede cada vez más envuelto en la noche y la niebla y las personas estén cada vez más desorientadas y sean más fáciles de manipular en todos y cada uno de los aspectos de su vida. Quien controla la información en la economía, las redes del poder militar y el conocimiento científico técnico es quien puede controlar el mundo manipulando las leyes. Por eso se puede decir que quizá estemos entrando en una nueva era histórica que pudiese merecer el título de fascismo cognitivo.

En el fascismo cognitivo, en contra de lo que suponía el ideal de la Ilustración, el progreso del conocimiento no va unido a la conquista de la libertad y al logro progresivo de la autoemancipación humana. Por el contrario, es el incremento del conocimiento lo que facilita cada vez más el logro del dominio y el control en un mundo en el que, de un modo u otro, todas las relaciones físicas, económicas y sociales pueden ser procesadas y manipuladas como información cuantificable, gracias al desarrollo global de las tecnologías de la información.

No cabe duda alguna del valor y la utilidad de esas

tecnologías, pero las técnicas de la información, como todas las demás técnicas, no son más que medios para el logro de determinados fines, y no fines en sí mismos, que es en lo que se han convertido ahora. Los usuarios de las tecnologías de la información se creen más libres porque pueden disponer de más datos de un modo muy eficaz. Sin embargo, no se dan cuenta de que son esos medios los que crean los mensajes, no sólo su forma, sino también sus contenidos. Y es que, admitiendo los formatos digitales, sus usuarios, que no son más que clientes en un mercado específico, cambian sus formas de pensar, expresarse e incluso de vivir, para poder estar integrados en algo que se llama la *red* no por casualidad.

Es esa red (como se verá en los textos recogidos en este libro) que actúa en la economía, que es el poder real que mueve al mundo, y en las relaciones del poder militar la que ha contribuido, degradando el nivel del pensamiento y la calidad de la información, a convertir la vida política en general y más en concreto la vida política española en una impostura. Parece una ficción protagonizada por unos personajes que se rigen por la máxima: *déjame entrar que ya buscaré mi lugar*. Porque todos aparentan representar los mismos papeles, someterse a los mismos intereses económicos y políticos globales, actuando en una pantomima ante sus votantes, en la que intentan mostrarse como diferentes y mejores que los restantes actores de esta comedia. Para ello utilizan los medios de la persuasión -que ya habían sido sistematizados por los oradores griegos y romanos, y que hoy se han convertido en una pseudociencia, banal y pedante, conocida como *marketing* político-.

La información es un flujo, que, como los restantes fluidos, circula por un cauce con una determinada intensidad y velocidad. La capacidad de asimilar ese flujo, o la de cualquier otro, depende de la potencia de quien lo absorbe y de su facultad para integrarlo o asimilarlo dentro

de su sistema, sea este mecánico o hidráulico, eléctrico o informático. Esos flujos son además procesados a una determinada velocidad, por lo que en estos procesos el tiempo será un factor esencial, como veremos en los casos de la economía, la información global y la política y el conocimiento a lo largo de este libro.

En el mundo de la información necesitamos unos soportes que la contengan, sean orales, escritos en soportes físicos (pergamino o papel) o en medios electrónicos. La información es una magnitud, y debemos distinguir la información potencialmente disponible de la información procesable y la información asimilable. Nuestra capacidad de procesar y asimilar información en el tiempo depende no sólo de los motores de búsqueda, sean estos digitales o mecánicos, sino básicamente de nuestros conocimientos previos. Si no sabemos nada de un tema no sabremos buscar inteligentemente la información, y no podremos valorar la que hallemos, y mucho menos utilizarla de un modo inteligente. Por eso nuestra libertad depende de nuestros conocimientos individuales o colectivos, y no del mero crecimiento cuantitativo de la información, un crecimiento que hace posible el control inteligente de la población mediante el acceso a todos los medios digitales por parte de quienes controlan unas redes enormemente centralizadas, y a través, por ejemplo, del estudio de los *big data*.

Veremos, en primer lugar, cómo en la actualidad toda la economía, debido al proceso de globalización de la misma – imposible sin la ayuda de los medios digitales en redes– y a la transformación de esta en un sistema financiero global – que maneja las diferentes monedas y sus cotizaciones, las deudas públicas y los mercados bursátiles–, se ha reducido a información procesable en el tiempo.

Un billete es un papel que carece de valor en sí mismo. Un billete sólo se convierte en dinero cuando con él se realiza una transacción en un tiempo inmediato o diferido

si de lo que estamos hablando es de una inversión. Su valor depende del tiempo, porque puedo comprar con él más o menos cosas dependiendo de la situación de los precios en el momento de la transacción mercantil o financiera. El valor depende de la moneda de la que forma parte, dólar, yuan, euro; de los precios en un tiempo concreto y en lugar determinado, y de la información de que disponga su propietario para convertirlo en transacción. Esa información es, pues, parte del valor de cambio, y cada vez es más importante en el mundo globalizado, porque en él se amplían hasta sus límites los espacios y los tiempos de los mercados.

Los mercados son cosmopolitas, tal como ya lo había predicho Marx, pero, además, son flexibles en el tiempo, cuando, por ejemplo, se hacen compras de futuros en el mercado del petróleo y de los productos agrícolas. Y ya no digamos nada de los mercados financieros en los que lo que se compra y vende son expectativas de valor, estimaciones del precio de las acciones en el futuro. Habiéndose rizado el rizo con los derivados financieros, que se suponía podrían ser estables casi por siglos, como se podrá ver a continuación. En el nuevo mundo económico el tiempo ya no es oro por ser el tiempo del trabajo que hace crecer la producción con el esfuerzo, sino que es oro porque es un parámetro de la ecuación que relaciona: trabajo, mercancías, moneda, precios e información.

Si esto es así en el mundo económico, lo mismo ocurrirá en el mundo de las relaciones internacionales, que se había vuelto unipolar, bajo el poder militar de EEUU, cuya inversión militar iguala a la del resto del mundo, pero que ahora se está transformando en tripolar, debido al rearme de Rusia y al imparable proceso de modernización militar de China.

En el mundo del poder estratégico la información es la base del control militar real: el geográfico y técnico. Esa información la manejan los ejércitos, las grandes alianzas

militares y los Gobiernos más poderosos. Y una parte ínfima de ella es procesada por las agencias de prensa y los grandes medios de comunicación para informar a la población de lo que se llama eufemísticamente: *el estado del mundo*. De ese mundo nunca se ha sabido menos que ahora, que es cuando tenemos mucha más información virtualmente disponible. Y eso es así porque esta es imposible de procesar por uno o varios usuarios de los medios digitales. La información que circula es cada vez más limitada, más sesgada, y se utiliza en porciones cuando las circunstancias requieren hacer un uso limitado de ella para conmover o movilizar a la población.

En el mundo de la información, el tiempo es quizá la principal variable, porque la información cambia cada día y cada hora, y cada noticia se rige por una ecuación que se ajusta a la campana de Gauss. Ascende con gran intensidad, alcanza su cénit y cae a la misma velocidad. Por eso es casi imposible procesar la información parcial y sesgada que se nos ofrece, pues cada día se nos obliga a centrar nuestra atención en un tema nuevo. La información y el tiempo han matado a la memoria, y con ella al conocimiento y a la libertad que sólo se puede conquistar colectivamente partiendo de él. Los usuarios de móviles y medios digitales, que están hiperconectados en cada instante y obsesionados por disponer cada día del medio más potente en el procesado de la información, son precisamente por eso las víctimas de estos sistemas y los clientes cautivos de unos gigantescos mercados globales, cuyas dimensiones financieras son difíciles de imaginar. Unos mercados que consumen ingentes cantidades de energía y generan una imponente contaminación en sus procesos de producción y desecho de esos dispositivos. Este será el tema de la segunda parte del libro.

En la tercera parte: «En los huertos de la patria. Ideas y personajes para una crisis política» las realidades económicas y estratégicas globales, descritas en los dos

primeros apartados, confluyen en la historia de los últimos 15 años de nuestro país.

En estos últimos años hemos vivido una crisis económica, social, institucional y política que ha traído como consecuencia que, sin que haya habido ninguna idea nueva ni nadie haya sido capaz de plasmar unas alternativas económicas y políticas reales y viables, haya tenido lugar una conmoción global que fue enmascarada por las soluciones políticas que fueron saliendo a la luz y progresivamente van mostrando su impotencia.

La escena política española parece haberse convertido en una zarzuela, o en la dramatización de una novela picaresca -un género que, al fin y al cabo, ha sido una creación literaria española-. En ella hay cientos de personajes de todo tipo: unos son tecnócratas, ya sean economistas neoliberales o abogados convencidos de que el derecho es sólo una mera técnica, lo que puede convertirlos en una especie de prostitutas al servicio de todos y cada uno. Otros serán arribistas y demagogos dispuestos a matar al padre, como el viejo Edipo, que predicán la traición de todos aquellos que lucharon contra el franquismo y vivieron la Transición, como hicieron S. Carrillo, D. Ibárruri, R. Alberti, M. Camacho, F. González y tantos y tantos exiliados y políticos de izquierdas, nacionalistas y de todo tipo. Lanzando sus anatemas de niños pijos, en muchos casos, sobre todos los que vieron y sufrieron el franquismo. Un mundo que ellos son totalmente incapaces de comprender o analizar.

El nacimiento de la llamada nueva política se ha basado en el uso de las tecnologías de la información fundamentalmente. Para ella la política es sólo un juego de intrigas y poder, inspirado en una serie televisiva, y carente de ideas y conocimientos de todo tipo. Para quienes viven dentro de su móvil y su tableta no existe el mundo real, nada más que para utilizarlo como instrumento de sus mensajes políticos. Su único propósito es lograr puestos y

cargos en la vida política municipal, autonómica o nacional, en los que venderse como los únicos políticos puros, nunca contaminados por la historia, que siempre es vil y muchas veces sucia. Su idea de la economía consiste en creer que lo único que importa es el gasto público, del que están dispuestos a convertirse en administradores, similares a unas viejas damas de la caridad de una especie de ejército de salvación. Y por lo que se refiere a la vida social no son capaces de entender nada que vaya más allá de sus lemas de obligado cumplimiento en pública exhibición.

En los huertos de la nación hay información sin conocimiento, y además poca información. Nadie parece entender en realidad lo que fue el marxismo, el socialismo, el nazismo, y ni siquiera el franquismo. De Marx se sacan lemas para aplicarlos fuera de contexto, se lo mezcla con Freud, pero no como en el freudomarxismo de los años sesenta del siglo pasado, sino sólo para hacer de él el manual de etiqueta de la sexualidad políticamente correcta. Y lo mismo ocurre con los nacionalismos, que rebrotan en Europa en sus formas más reaccionarias, y con el ecologismo de la defensa de una naturaleza vista desde la ciudad de Madrid.

Ya no hay ideas. No se proponen nuevas, y las viejas, si las hay, no son capaces de entenderlas los protagonistas de este proceso, que se proclaman a sí mismos héroes de una revolución imaginaria. Y como no las tienen, las sustituyen por lemas, tuits, fotos, instantáneas y posados para Facebook en una nueva zarzuela nacional en la que cada nuevo partido que nace de la nada consigue ser más disparatado que el anterior.

Esta será la crónica de la tercera parte de este libro, que está compuesto de una selección de ensayos publicados semanalmente desde hace más de diez años en *El Correo Gallego* en una columna titulada: *El sonido del silencio*, en homenaje a la vieja canción de Simon y Garfunkel. Los trabajos relativos a la Universidad publicados en esos años

han sido seleccionados y publicados en otro libro^[1]. Tanto en aquel como en este, en estos pequeños textos, escritos para la gente corriente, sólo he intentado que las ideas resonasen como gotas en el pozo del silencio, tal como cantaban Simon y Garfunkel. Pero ya no estamos a finales de los sesenta del pasado siglo, y por eso la esperanza que ellos habían depositado en «las palabras de los profetas escritas en los muros y las vallas» ya ha desaparecido ahogada por el nuevo mundo digital.

Mientras tanto, la historia continúa.

Santiago de Compostela, enero de 2020.

[1] José Carlos Bermejo Barrera, *Rectores y privilegiados. Crónica de una universidad*, Madrid, Foca, 2017.

PRIMERA PARTE

La economía global y la información como mercado

El zángano y el autómeta: una ensoñación

Decía Aristóteles que si las herramientas trabajasen por sí solas no sería necesaria la existencia de los esclavos, a los que los griegos y los romanos definieron como herramientas animadas o herramientas que hablan. Los griegos crearon la ensoñación de las máquinas que se movían por sí mismas, como los trípodes con ruedas de los que había sido autor el dios Hefesto, el herrero divino. Y se decía que en la ciudad de Alejandría un mecánico habría fabricado la estatua de una camarera que se movía con vapor.

Y es que el mundo de la utopía ha existido siempre y en todos los lugares. Los antiguos griegos también imaginaron islas paradisíacas en las que no sólo las plantas brotaban por sí solas y listas para ser consumidas, sino que también las carnes crecían guisadas y listas para el consumo en los árboles. En esas islas no existiría la muerte y sus habitantes vivirían siempre sanos, disfrutando de una eterna primavera.

La utopía de los autómetas, o máquinas vivas que lo hacen todo por sí mismas, continuó viva en la historia de Europa y estuvo muy unida al problema de la definición de la naturaleza humana. Se admitió casi siempre que los seres humanos tenemos alma, o, lo que es lo mismo, la capacidad de tener sensaciones, sentimientos, de hablar y ser capaces de concebir ideas. Pero también es sabido que Descartes negó que los animales tuviesen alma y como él otros filósofos mecanicistas y materialistas simples. Los animales-máquina, y el hombre-máquina de alguno de estos filósofos, fueron concebidos básicamente como si fuesen un reloj. Es decir, como un conjunto de engranajes, poleas, cables, tornillos y tuercas muy bien trabados entre sí.

Ya fuesen los animales y los hombres meras máquinas o no, de lo que casi nadie tuvo dudas es que de la fabricación

de máquinas animadas, cada vez más complejas, se derivaría el gran beneficio de hacer desaparecer todo el trabajo físico, o casi todo, dando lugar así a la sociedad del ocio y la abundancia. Una sociedad perfecta y feliz en la que el desarrollo de las ciencias conseguiría acabar con todas las enfermedades, e incluso con la muerte, haciendo de la Tierra el verdadero paraíso imaginado por las grandes religiones. Esa fue la utopía de los socialistas utópicos y la del propio Marx, una utopía muy semejante a la bíblica, en la que con la llegada del Mesías el león y el cordero vivirían en armonía en una Tierra de la que habría desaparecido todo el mal.

Las máquinas automáticas de los antiguos y modernos eran básicamente mecánicas, y se propulsaban con resortes y contrapesos, como los relojes. Y de imaginar alguna forma de energía que las moviese, esa era siempre el vapor de agua. No había nada en ellas que tuviese que ver con la química. La idea, creada por Claude Bernard, de que el cuerpo humano no es más que una gran factoría química no nacerá hasta bien avanzado el siglo XIX, como el descubrimiento del poder de la electricidad. Nuestros autómatas, nuestros robots, no son grandes relojes de cuco, sino máquinas muy complejas con componentes mecánicos, químicos, electrónicos, y que además de tener un soporte físico, o *hardware*, tienen un soporte lógico, al que llamamos *software*. La programación de nuestros ordenadores se hace con algoritmos matemáticos. Gracias a ellos nuestras máquinas son capaces de acumular, procesar y distribuir la información con unas magnitudes y unas velocidades imposibles para miles de cerebros humanos que trabajasen de un modo coordinado.

Nadie puede poner en duda los logros extraordinarios de las ingenierías mecánica, química, electrónica e informática, sobre todo cuando se coordinan entre sí. Pero sí debemos plantearnos muy en serio un gran problema. No el clásico problema de saber si los ordenadores piensan, o

pueden llegar a tener alma o sentimientos, sino el de saber si la fabricación y el consumo de los ordenadores y todas las máquinas se rigen, o no, por las leyes de la economía, que actúan en todos los mercados por igual sean de lo que sean.

Todo lo que se produce es producido por alguien y para algo. En la producción de las mercancías hay cuatro elementos esenciales: el capital, el trabajo, las materias primas y las técnicas de producción. ¿Podemos pensar en un futuro en el que las máquinas hiciesen todo el trabajo y en el que la humanidad fuese feliz? Evidentemente no.

En ese mundo global de los autómatas se plantearían estos eternos problemas. ¿Quién es el propietario de las máquinas y de sus fábricas? Si el propietario es el Estado, como quería Marx, ¿para qué hace el Estado todas las máquinas? ¿Para mantener a toda una humanidad de zánganos? Pero ¿por qué tendría que hacerlo? No porque la humanidad fuese rentable, porque económicamente es prescindible ya que no hacen falta los trabajadores. Tendría que ser por principios morales o religiosos. Pero ¿cuánta población de rentistas vitalicios debería haber en un mundo perfecto sin enfermedades? ¿Y quién tiene la capacidad de calcular la cifra? ¿El Estado? Pero ¿quién es el Estado en una sociedad comunista? Lo son todos. Si fuese así, ¿decidirían reducir la población por razones egoístas, para vivir mejor, como es lógico?, ¿o pondrían en peligro el sistema dejando que creciese la población sin más? Y, sobre todo, ¿cómo se decide quién tendrá derecho a vivir feliz casi eternamente?

Como no existirían los trabajadores, pero sí las máquinas, tendría todo el poder quien controlase las máquinas. Y ese poder tendería a ser absoluto porque sólo unos pocos harían falta para controlarlas, ya que las máquinas serían casi omnipotentes. Por esa razón, esa minoría de controladores digitales tendería a hacer bajar constantemente la cifra de habitantes de la Tierra, con más

velocidad cuanto mayor fuese el avance de la tecnología. Sólo la moral podría impedirlo, si la moral rigiese el mundo.

Si pasamos del modelo socialista digital global al capitalista los problemas serían similares. En la economía de mercado hay dos clases de rentas, o de ingresos de las personas: las rentas de trabajo y las rentas del capital. Las rentas del trabajo se invierten en su mayor parte en el consumo de bienes, un consumo que es el motor de la producción económica. Y las rentas del capital se suelen reinvertir de nuevo como capital para la creación de nuevos productos. Es detrayendo una parte de las rentas del capital y del trabajo de donde proceden los ingresos públicos, que le permiten proporcionar servicios y seguridad a sus ciudadanos.

Si deja de existir el trabajo, el Estado tiene que vivir sólo de las rentas del capital y mantener como rentistas, o zánganos, a toda la población, funcionarios incluidos. Pero aquí surgiría un problema. Y es que en el capitalismo el concepto básico de la economía es la propiedad. Todo bien, del más pequeño al más grande, tiene un dueño. Los bienes se intercambian para lograr beneficios, porque esa es la lógica del sistema. Los robots que lo producen todo lógicamente tendrían propietarios, que serían las grandes empresas que los fabricasen. Pero esas empresas buscarían sus beneficios. ¿Cómo? ¿Vendiéndolos a toda la población que carece de ingresos, porque no trabaja, o al Estado, que sólo puede cobrar impuestos a esas empresas, porque no hay rentas del trabajo?

Sería absurdo, pero las consecuencias serían las mismas que en el socialismo. Los empresarios querrían disminuir radicalmente el número de esos habitantes zánganos que el Estado mantiene sólo con los impuestos de las empresas. El sistema se colapsaría igual que en el socialismo, con una población que se reduciría en proporción geométrica con el progreso tecnológico. La moral del *Homo oeconomicus*

capitalista y socialista sería igualmente egoísta. Sabemos, después del hundimiento de la URSS, que efectivamente el socialismo no creó el hombre nuevo con una nueva moral, porque los vicios y las virtudes siempre han sido los mismos, y por esa razón una sociedad sin trabajadores y sin enfrentamientos de intereses sería el peor de los infiernos y no una utopía.

Pero es que, además, deberemos pensar que esa utopía, moralmente loable, llevada a sus consecuencias extremas sería una estupidez. Y es que las máquinas no pueden reproducirse, nacer, crecer ni morir, porque no tienen alma, o genes, como tenemos los humanos, los animales y las plantas. Imaginar un universo de los autómatas digitales globales es por eso un sinsentido, porque, aquí también, como le decía Clinton a Bush, «es la economía, estúpido».

El talento de los simios

Decía David Hume que «la razón es y debe ser esclava de las pasiones». Al leer esta frase lo primero que nos viene a la cabeza es que el tal D. Hume debió haber llevado la vida de un perfecto crápula. Nada más lejos de la realidad. Nuestro filósofo de Edimburgo, amigo de Adam Smith, el creador de la ciencia de la economía, vivió y murió más bien como un estoico, tras una enfermedad que le causó grandes sufrimientos. Hume, Smith y otros pensadores de fines del XVIII y comienzos del XIX, como Jeremy Bentham, su compañero londinense, aspiraron a explicar el mundo, la historia y la sociedad de un modo racional, y por eso creyeron que, de la misma manera que había una ley, la ley de la gravedad de I. Newton, que explicaba los movimientos de los cuerpos celestes y terrestres, debía existir otra ley que explicase el orden social y el orden moral, y esa era la ley del mercado y su mano invisible, heredera laica de la visión y la mano de Dios.

El mercado logra que los vicios privados se conviertan en virtudes públicas, pues buscando nuestro interés personal conseguimos que la sociedad funcione de una manera armónica, tal como en el cosmos la atracción y repulsión de los planetas crean el orden. De la misma manera, la moral, regida por la ley de la utilidad, conseguirá el mayor bien para el mayor número de personas. A esa filosofía es a lo que J. Bentham, creador de toda una escuela, llamó utilitarismo. Y uno de los más destacados miembros de ella fue John Mill, padre del filósofo John Stuart Mill y creador de un curioso sistema pedagógico ultraracional que este filósofo nos describió minuciosamente en su *Autobiografía*.

El Sr. Mill educó personalmente a su hijo, guiado siempre por la razón y los principios del utilitarismo, y logró éxitos extraordinarios, como que el pobre niño John Stuart pudiese leer a Homero en griego a los tres años, lo cual tendría lógicamente que influir en su futuro equilibrio emocional, pues ningún niño normal se entretiene más con los verbos irregulares del griego y con la complicada sintaxis de esta lengua que con sus juguetes.

John Stuart Mill fue un gran filósofo, en la medida en la que un inglés puede ser un gran filósofo, y fue el creador de la lógica inductiva. Se trata de una lógica muy inglesa, porque siempre va de lo particular a lo universal, al contrario que la lógica hegeliana, que es capaz de comenzar por hablar de Dios y desembocar en el ácido sulfúrico. Mill, como los demás ingleses, tuvo un gran apego por lo concreto; por eso sistematizó la economía política en un célebre tratado, y se dio cuenta de la existencia de muchos problemas reales, como el de la sumisión de la mujer, al que dedicó un libro escrito junto con su esposa Harriet, con la que nunca pudo mantener relaciones sexuales, y con la que se casó tras superar un doloroso episodio de depresión, que no fue más que una parte de una vida asfixiada por una educación programada hasta la obsesión y en la que todo tenía que seguir un

protocolo y tener una explicación racional. En la vida de J. Stuart Mill se puede comprobar cómo el escocés Hume tenía razón dando prioridad a la pasión sobre la razón, a los sentimientos sobre la utilidad y el mercado. Porque la felicidad es algo más que un cálculo de bienes y placeres que se deben medir y pesar.

Si desde Edimburgo y Londres, dos grandes capitales europeas, nos trasladamos a una provinciana ciudad española, Salamanca, podremos ver en ella a un catedrático de griego, Miguel de Unamuno, que no tradujo Homero a los tres años pero fue un gran filósofo y literato, autor de libros como *El sentimiento trágico de la vida* y *Amor y pedagogía*. No puede haber nada menos utilitarista que decir que la vida es básicamente una tragedia, porque, al fin y al cabo, acaba con la muerte, y de nada sirve ordenar que a uno lo momifiquen y expongan en un museo, como hizo J. Bentham, el creador del utilitarismo.

El mayor manifiesto antipedagógico y antiutilitarista que quizá se haya escrito es la novela *Amor y pedagogía*, que tiene como trasfondo la autobiografía de Stuart Mill. En esa novela don Avito Carrascal decide educar a su hijo siguiendo un método racional que se parece mucho al de J. Mill. Don Avito es un positivista, partidario acérrimo de la ciencia y el método científico, que aplica desde que se levanta hasta que se acuesta en la vida de su pobre hijo. Pero, en la provinciana ciudad en la que vive, su experimento acaba en un fracaso porque su hijo le sale poeta, y poeta no homérico, sino lírico y sentimental.

D. Avito había llegado a la conclusión, fruto de sus estudios, de que había dos especies: *Homo insipiens* y *Simia sapiens*, lo que ponía en duda la teoría de la evolución, porque se podría llegar a la conclusión de que los simios eran los animales verdaderamente inteligentes y no los hombres. Siguiendo su descubrimiento podríamos esbozar las bases del pensamiento simio, que es ahora el humano, y que rige en el mundo político, económico y

educativo, siguiendo las pautas del utilitarismo.

Para ser un buen filósofo simio debemos partir del principio de que la cadena de la vida no es más que un plagio. Efectivamente la vida comienza a existir cuando se crean los genes, que son estructuras químicas que sintetizan proteínas con el fin de conseguir que las células sean capaces de crear copias de sí mismas. En la vida hay dos clases de plagio, el legal, en el que una célula con su ADN se clona con su *copyright*, y el ilegal, que es el que practican los virus, que carecen de ADN, porque sólo tienen ARN, y que piratean el ADN de las células para copiarse a sí mismos, dando así prueba de la misma falta de imaginación que las células, incapaces de imaginar nada que sea diferente de ellas mismas.

Si la ciencia dice que la vida, de la célula al hombre, no es más que plagio, es lógico, de acuerdo con la filosofía simia según la que todo debe ser siempre igual y que siempre hay que hacer lo mismo, que no se puede salir de este mundo, en el que todo obedece a pautas y reglas, y en el que es obligatorio todo lo que no está prohibido. Un buen simio, sea economista, científico, político, militar o pedagogo, debe seguir siempre el protocolo, y si es digital todavía mejor, porque así nada se le escapará. Debe el buen simio pensar que en el mundo no hay lugar ni para la imaginación ni para la poesía, como ya acertaron a ver J. Mill y A. Carrascal. Y que todo lo que hagamos debemos hacerlo según un método, unas pautas y calculando siempre lo que es racionalmente mejor, porque sólo el método puede garantizarnos la felicidad, que al fin y al cabo no es más que una de las ramas del consumo de placeres, bienes y utilidades.

Sólo se puede ver lo que hay, y por eso un filósofo simio no debe caer nunca en el sentimentalismo, como no cayeron en él J. Bentham o J. Mill, que creyeron sinceramente, en el periodo del capitalismo salvaje y el mercado sin freno, y cuando en su país sólo se podía votar

si se era un hombre y se tenía un determinado nivel de renta, que el mercado y el sistema parlamentario inglés garantizaban el mayor bien para el mayor número. Desde entonces el mundo ha mejorado mucho en la riqueza, el poder militar y el uso de la energía y el conocimiento. De la misma manera el pensamiento simio también se ha enriquecido. Ahora consigue controlarlo todo sobre la Tierra, tanto en el espacio como en el tiempo, con sus ítems y parámetros. Sus usufructuarios, como las células, son incapaces de ver nada que no sean ellos mismos y sólo quieren clonarse legal o ilegalmente. No pueden ver nada que esté fuera de su burbuja de cristal y no lo verán quizá hasta que algún día la tragedia que es la vida les haga ver que en ella no puede haber un final feliz, porque el deseo es infinito y el mundo finito.

De narciso a los selfies

En la mitología griega hay una serie de personajes cuyas desgraciadas historias de amor los llevan a acabar convertidos en árboles o plantas. El caso más conocido es el de la ninfa Dafne, el Laurel, que fue pretendida con escaso éxito por el dios Apolo, cuya vida amorosa no pareció corresponderse con su belleza física y su inteligencia, ya que era el dios que inspiraba los oráculos y en cierto modo la encarnación del poder de la razón. Apolo se enamoró de Dafne, quien en vez de ceder a sus encantos, se dio a la fuga en una carrera en la que el vengativo dios hizo que poco a poco su cuerpo se fuese convirtiendo en el árbol del laurel, una planta sagrada en el santuario de este dios en Delfos. Allí se creía que simplemente con masticarla se lograba el trance adivinatorio.

De la misma manera, el pobre y bellissimo Jacinto, hijo del rey Amiclas, que era también amante del dios Apolo, halló la muerte en un concurso de lanzamiento de disco, cuando

el celoso dios del viento del oeste, Céfito, hizo que el disco lanzado por Apolo lo matase de un golpe en la cabeza. Apenado por su muerte, Apolo lo convirtió en la bella flor que llevaría para siempre su nombre. Otra historia similar, pero mucho más famosa, sería la de Narciso, un bellissimo joven que despreciaba el amor.

Narciso era hijo del dios Céfiso y de la ninfa Liríope. Cuando nació, el adivino Tiresias predijo a sus padres que «el niño viviría hasta viejo si no se contemplaba a sí mismo». Alcanzada su adolescencia, fue Narciso objeto de la amorosa pasión de numerosísimas ninfas y doncellas, pero siempre fue indiferente a los encantos femeninos. Hasta que un día se enamoró de él la ninfa Eco, que fue rechazada de la misma displicente manera. Desesperada, se retiró a un lugar solitario y dejó de comer, adelgazando tanto que de toda ella sólo quedó una voz lastimera, a la que nosotros damos el nombre de eco. Las chicas divinas y humanas pidieron por ello venganza al cielo y la diosa Némesis, cuyo nombre significa venganza, castigó a Narciso haciendo que un día, tras una cacería, se tuviese que acercar a una fuente. Narciso, al ver su bella imagen en el agua, se enamoró de sí mismo, cumpliendo la maldición predicha. Así, paralizado, murió, brotando en ese lugar la flor que lleva su nombre.

Oscar Wilde, que como practicante del amor griego sabía apreciar a los bellos efebos, escribió un pequeño relato en el que dice que Narciso en realidad no se enamoró de sí mismo, sino de la fuente en la que se contemplaba. No sé si así quiso solucionar los graves disgustos y problemas carcelarios que su admiración por los jóvenes le causó en el mundo victoriano en el que le tocó vivir, pero lo que sí es cierto es que hoy casi todo el mundo corregiría al pobre Oscar Wilde, porque el enamoramiento de sí mismo es un valor en alza que da cada vez más rendimientos económicos a las grandes empresas en el mundo digital de los teléfonos móviles y de internet en general.

S. Freud, que no amaba a los jóvenes efebos pero que sí admiraba la cultura griega, consagró al desgraciado Narciso en el terreno de la psiquiatría, al tipificar el narcisismo como patología. Saben psicólogos y psiquiatras que todos nosotros nos gustamos a nosotros mismos, y a eso se llama autoestima. La autoestima es totalmente necesaria y normal, y si la perdemos caeremos en la depresión o en otras patologías mayores, como la esquizofrenia o la psicosis maníaco-depresiva

En primer lugar, necesitamos identificarnos con nuestro cuerpo y reconocernos en él sintiéndolo desde dentro y desde fuera, contemplándonos, por ejemplo, en el espejo, y cuidando nuestra higiene, nuestros vestidos y peinados y las formas de decoración corporal. También es necesario que nos identifiquemos con nuestros roles sociales, primero en el seno de la familia y luego en el mundo social, laboral y en todos y cada uno de los círculos en los que viviremos y nos moveremos. Sentirnos satisfechos con nuestra vida en todos estos aspectos es la base de lo que llamamos la felicidad. Y para ser felices no sólo necesitamos reconocernos a nosotros mismos de un modo positivo, sino también que nos reconozcan los demás como personas, compañeros, amigos, familiares o amantes. Si además somos creyentes nuestra satisfacción mayor vendrá por el reconocimiento, casi siempre invisible, que esperamos de Dios.

El narcisismo es la patología de la autoestima, y, como todas las patologías, puede ser leve, grave o muy grave. El más grave se conoce como trastorno narcisista de la personalidad *borderline*, o agudo, y puede rayar en la psicosis. Quienes lo padecen sufren un grave problema en su autoestima y lo compensan a veces fijando su admiración en alguien al que consideran superior por ser el modelo de lo que ellos querrían ser. Sienten que esa persona no los aprecia lo suficiente y por eso a veces quieren destruirlo e incluso matarlo, como le ocurrió a John

Lennon

El narcisista patológico agudo suele padecer dislexia social, y no es capaz de percibir a los demás como son en las relaciones sociales reales y no tienen empatía con sus sentimientos. Ello se debe a que para él lo esencial es que se le reconozca por su belleza, o por cualquier otro tipo de valores y méritos: intelectuales, artísticos, deportivos, los tenga o no. Todo lo que confirme el reconocimiento de esos méritos le vale, y todo el que los niega es su enemigo real o imaginario. Esta patología puede verse agudizada en profesiones muy competitivas, sobre todo en aquellas en las que se exige ser creativo u original. Si las personas que la sufren son muy meritorias su patología se puede enmascarar; si no lo son, pueden acabar muy mal.

Desde el llamado 68 hasta la actualidad, el mundo ha sufrido cientos de cambios, pero podríamos decir que una tendencia en general de estos procesos ha sido el paso de la idea de revolución al narcisismo. Antes del 68 los revolucionarios querían cambiar el mundo cambiando la realidad en su base económica, militar y política. Después, poco a poco, lo fundamental fue la transformación interior, el paso de lo objetivo a lo subjetivo, de lo real y racional a lo sentido y experimentado.

Todo el mundo sabe, y Marx siempre lo decía, que uno es lo que es: empresario o trabajador, general o soldado, rey o súbdito, rico o pobre. Y además nosotros pensamos y sentimos partiendo de lo que somos en la realidad. Podemos tener la ilusión de querer ser lo que no somos, pero, si creemos firmemente que somos algo distinto a nosotros mismos, estaremos alienados, seremos unos locos. Con el 68 en el primer mundo se comenzaron a descubrir docenas de aspectos olvidados, y eso fue muy positivo, porque se inició un proceso de liberación social, en el que por suerte vivimos. Cambiaron las modas masculinas y femeninas, los estudiantes dejaron de llevar traje y corbata y pelo corto. Las chicas dejaron de lacarse el pelo,

acortaron sus faldas y se pusieron pantalones, e incluso simbolizaron la liberación de sus cuerpos con quemas de sujetadores. Las relaciones amorosas se hicieron más flexibles y se comenzó a hablar de lo inimaginable, como de los gais y las lesbianas, antes objeto de estudio exclusivo de los psiquiatras. Cambiaron las relaciones entre padres e hijos, maridos y mujeres y las relaciones sociales en general, introduciéndose docenas de nuevos hábitos de consumo y de vida. Todo ello generó la idea de que el mundo y la razón sólo deben servir a las pasiones de cada cual. El problema es que las pasiones de cada uno pueden chocar con las de los demás, como le pasó a Dafne, al pobre Narciso o a la triste Eco.

Las pasiones han llegado a difuminar la realidad gracias al mundo virtual de internet, el 25 por 100 de cuyos contenidos corresponde, por ejemplo, al sexo imaginario del porno que a veces se quiere imitar en la realidad, como en el caso de las salvajes violaciones colectivas retransmitidas por móvil. El flujo casi infinito de datos e información anula la posibilidad de analizar el mundo real, excepto para unos pocos privilegiados. Y hasta la economía virtual, que es la economía financiera especulativa, que estrangula la economía productiva del mercado del trabajo y los bienes reales, parece haber convertido al dinero en un mero byte informático. Vivimos un mundo narcisista global. En él, millones de pequeños Narcisos se miran a esa fuente que son sus *selfies*, sus páginas web, sus Facebooks, y creen que son libres al contemplarse a sí mismos y sus insignificantes logros. Al contrario que Narciso, Jacinto o Dafne, no se convertirán en bellas flores y olorosas hojas, sino sólo en dígitos de un mercado global, en el que sus reflejos, que a nadie le importan, sólo serán contemplados por ellos mismos, mientras grandes empresas engrosan su cuenta de beneficios.

Dinero y deudas

Si le debes un poco de dinero a un banco, tienes un problema, pero si le debes mucho, el problema lo tiene el banco. Y es que en el mundo hay dos clases de deudores: los que tienen que pagar lo que deben -y, si no lo hacen, se quedan sin casa, sin sueldo y entran en las listas de morosos- y los que deben muchísimo dinero, que son las bases de nuestros sistemas financieros y de los Estados del bienestar. Para entender esto es necesario comprender qué es el dinero y ver en qué se ha convertido la economía mundial, en la que la distancia entre la llamada economía real y la financiera corre el riesgo de convertirse en un abismo.

Nuestro dinero es tres cosas a la vez: una unidad de cuenta, un medio de cambio y un medio de crédito. Gracias al dinero podemos saber cuánto vale cada cosa y establecer equivalencias entre un kilo de patatas, por ejemplo, y uno de naranjas, hasta llegar a creer que, como todo se puede sumar y restar, todo se puede comprar y vender. Gracias a él también podemos ir a la compra sin necesidad de llevar pescado para cambiárselo al carnicero por carne. Y por último, podemos ahorrar el dinero y hacer que sólo valga en el futuro, o perderlo casi todo, si hubiese una inflación disparatada.

No todo se compra y se vende, y no todo lo que tiene valor de uso se puede intercambiar. No podemos vivir sin aire más que unos pocos minutos, y sin embargo el aire no se compra. Todo lo que se compra y vende es lo que se puede medir con un precio, y si en el mundo existiese un único país con una sola moneda, alguien podría comprar todo lo que se vende si se quedase con todo el dinero que hubiese. El problema es que no lo querría para nada porque no podría consumirlo todo y además tampoco podría ganar más dinero con su dinero, porque ya lo tendría todo. El dinero funciona bien cuando es un medio entre la

producción de los bienes y el consumo y por eso debe estar repartido de alguna manera, pues nadie se va a comer todos los plátanos del mundo ni a ponerse todos los zapatos. De la forma como se reparta el dinero y de cómo se mueva, cómo circule, dependerá que una economía sea sana o esté enferma.

En un país como el nuestro, por ejemplo, todo lo que se produce cada año y se puede medir con dinero forma el PIB o Producto Interior Bruto, ese ser que está cada día en boca de políticos y periodistas. Ese dinero se llama renta y se divide entre lo que se denomina renta del trabajo, o sea, los sueldos que se ganan trabajando, y renta del capital, o sea, los beneficios de los empresarios, los bancos y las bolsas. Un país con economía de mercado funciona bien si el 75 por 100, más o menos, de su renta es renta del trabajo y el 25 por 100 renta del capital. Los que trabajan gastan en comer, vestirse, comprar coches o casas, casi todo lo que ganan, y por eso si hay empleo hay consumo y si baja el empleo baja el consumo. Los trabajadores ahorran, o ahorraban, parte de su sueldo, gracias a ello los bancos tenían dinero en sus depósitos y funcionaban bien. Señala T. Piketty que hasta ahora un trabajador de unos cincuenta años tenía un patrimonio -pisos, coches, cuentas- que triplicaba su salario anual. Eso era un síntoma de salud del sistema, que ahora parece ir hacia la desaparición.

El dinero que se invierte para crear fábricas, empleo o inversiones en bolsa no está destinado al consumo. Se explica que ese dinero es productivo con ejemplos como este. Si tengo dos ovejas, puedo comérmelas, pero si dejo que críen otras ovejas, tendré muchas más con el tiempo. Del mismo modo, el dinero no gastado crea dinero, con el interés, y por eso los griegos lo llamaban *tókos*, tomando la palabra de la cría del ganado. La magia no existe y las ovejas crían otras ovejas porque consumen alimentos y energía, lo que es una forma de trabajo. Sin trabajo, en